La vocación literaria de Alfonso Reyes

El ser poético y el saber humanista

Alfonso Reyes era un poeta de por vida en su dilatada carrera humanista. No ejercía la profesión de poeta —tan difícil de sostener por sí misma— pero la poesía amorosamente cultivada, aparecía aquí y allá, expresando la esencia de un vivir múltiple en diversas dedicaciones. Además el poeta transfiere a sus obras, cualquiera que sea el género que cultive, un sentir original, que perdurará, porque toda su escritura está tocada por la creación. Así la crítica será lectura del otro, revivida, concreada, actualizada.

Al sentir como poeta, desde su más temprana juventud, se aunaba el saber, el humanismo como lectura libre de los clásicos y como lección disciplinar. El poeta que «sabe» ya no expone su sensibilidad inocente y herida. Se hace menos espontáneo —menos sincero— y protege con la cultura su sentir en carne viva. El poeta humanista ha leído a los clásicos y se da cuenta de sus limitaciones. Por la teoría ha tocado las cumbres. Son muy pocos los elegidos. Comprende la distancia que hay entre las imitaciones y los modelos. El poeta se convierte en lector de otros poetas, de los más grandes, en comentarista. Y su explicación del texto es más que una crítica, es comunicación.

Ortega en sus orígenes fue escritor poeta en prosa azoriniana[1]. Y escritor —gran estilista— seguiría siendo en la forma de toda su obra filosófica. En Octavio Paz, creación y teoría han permanecido en un envidiable equilibrio. En Alfonso Reyes el peso de su obra erudita ha oscurecido su meritorio quehacer literario. Y sin embargo sus páginas más frescas son aquellas en las cuales la emoción no ha sucumbido a la fosilización del saber, momentos donde todavía aletea la poesía: impresiones, evocaciones, lecturas explicadas, comentarios. La flor de unas breves estrofas, la exquisitez de algunas prosas, esencia poética.

Alfonso Reyes era erudito, pero también poeta. Esta unión, no siempre feliz, da a su obra, por una parte, solidez (me repugna decir «científica») y por otra parte, originalidad. Más allá de las lecciones —siempre aprovechables en un maestro como él— nos interesa su estilo de escritor que sabía armar sus variados mimbres.

Ejercer permanentemente de poeta es una ardua misión, incluso para genios como García Lorca o César Vallejo. La poesía no es un estado de gracia permanente. Viene y va. Mientras tanto es preciso vivir, dar fe de existencia en la escritura. Así lo entiende Octavio Paz, sin dejar de ser el poeta cuando escribe ensayo.

Alfonso Reyes. (Foto de Jesse A. Fernández. 1957.)

[1] *Véanse como ejemplo las páginas líricas, profundamente azorinianas, sus descripciones por tierras de Castilla.*

El poeta ingenuo escribe (y publica) cuanto pasa por su imaginación. El poeta de saberes escribe poco. El conocer le seca el sentir. Se convierte en crítico implacable, sobre todo consigo mismo. Apenas publica. Sin embargo, en Alfonso Reyes, humanista sensible, poeta siempre a flor de piel, como Paz, coexistieron sin rupturas ni desazones, el lírico y el erudito. Escribe Octavio Paz[2]: «Espíritu tan aéreo como sólido, tan del aire como de la tierra, Reyes se ha asomado a muchos manantiales, ha sufrido diversas tentanciones, y nunca ha dicho de este agua no beberé». En su obra se pueden rastrear tanto influencias cultas, de saberes aprendidos en las varias disciplinas que dominaba, como populares, asimiladas a través del folklore. «El habla popular, los giros coloquiales, los clásicos griegos y los simbolistas franceses se alían en su voz, sin olvidar a los españoles del Siglo de Oro», explica Paz. He ahí, resumidas, las raíces y las variadas influencias sobre la poesía de Alfonso Reyes: las lecciones de los clásicos, la experiencia francesa, la lectura sentida de nuestra lírica aúrea. Reyes, poeta y lector. Poeta que escribe desde el sentimiento propio y desde la lección de los maestros y lector que se acerca a los libros con la sensibilidad del poeta, coautor en la expresión crítica, en la actualización. El gran crítico no puede ser inferior a su modelo. Debe ser voz modernizadora y no eco; recreador del texto y no autor de unas notas impersonales, fragmentos de erudición, chinarros, a pie de página.

Más adelante, Paz compara a Reyes con Valéry Larbaud, por la universalidad de sus curiosidades, por experiencias paralelas, donde se «mezcla lo leído con lo vivido, lo real con lo soñado, la danza con la marcha, la erudición con la más fresca invención». En Reyes, poesía y saber no son estratos superpuestos, sino la misma tierra amasada, la misma obra sustancial que se diversifica.

La prosa y el verso no son dos realidades antitéticas. La poesía puede «realizarse», en una u otra forma de expresión escrita. El poeta se manifiesta en diversos géneros, siempre desde su condición irrenunciable de creador. Desde la poesía, transforma el ensayo, lo vivifica. Y si es intelectual, dignifica la poesía espontánea, asilvestrada, con el rigor y la profundidad. Sentir y pensar son polos de una dialéctica transformadora de la realidad. Se atraen, se destruyen y se recrean. La mejor poesía moderna nace del sentimiento original y del intelecto, selectivo, cocreador, dígase Valéry o T. S. Eliot. El mismo Juan Ramón cribaba los sentimientos dispersos en busca de una mayor claridad selectiva. Sobre la producción de Alfonso Reyes escribe Paz: «En su obra prosa y verso, crítica y creación se penetran e influyen mutuamente. Por eso no es posible reducir su poesía a sus versos». Considera *Visión de Anáhuac,* uno de sus poemas, como un dilatado fresco en prosa, una recreación del paisaje y de la vida precolombina en el Valle de México. En oposición complementaria, *Ifigenia cruel* significa una respuesta a *Visión de Anáhuac,* donde «el drama del espíritu y la tierra, el cielo y el suelo, la sangre y la palabra, encarnan en un lenguaje sutil y bárbaro a un tiempo y que sorprende doblemente por su arcaísmo y su refinamiento».

[2] *En* Las peras del olmo.

Las raíces nacionales y la cultura universalista

Alfonso Reyes, cosmopolita de varias culturas, antecedente paralelo del propio Octavio Paz, es también poeta cuando traduce. No podía ser de otro modo. El buen traductor es un buen traidor al original que no calca, sino que recrea para recuperar la forma perdida en el trasvase de lenguas. Los buenos traductores de obras literarias deberían ser poetas para que el texto sea vivido y no fosilizado. Las traducciones de Alfonso Reyes, según el juicio de Paz, «son verdaderas recreaciones y entre las que es imprescindible citar dos nombres que son dos polos: Homero y Mallarmé». Desde el clasicismo a la modernidad.

¿Poeta o prosista? La calidad de página, la finura poética, está lo mismo en los versos que en las prosas, de Rubén Darío o de Juan Ramón. Valle-Inclán es mejor poeta en prosa que en sus versos. Pues bien, Alfonso Reyes es un gran poeta cuando escribe prosa y no demasiado intelectual o seco cuando escribe versos. Su prosa cincelada con pulcritud, se recrea en la calidad poética. En sus versos subyace la espontaneidad de lo popular, las raíces folklóricas. No son creaciones ortopédicas, movidas artificiosamente por la relojería de la erudicón hueca. Enjuicia, con justeza, Octavio Paz: «Se dice que Alfonso Reyes es uno de los mejores prosistas de la lengua; hay que añadir que esa prosa no sería lo que es sino fuera la prosa de un poeta».

Alfonso Reyes no sólo fue poeta al comienzo de su carrera literaria, como ocurre en tanta ocasiones. Lo fue siempre, hasta el final de sus días. La poesía salva su obra de ser meramente un relicario de páginas escogidas y olvidadas. No hay erudición que sobreviva como literatura. El humanismo permanece cuando es recreado por un poeta, desde Petrarca a Alfonso Reyes. Cita Octavio Paz a Castro Leal quien señala que Reyes «no quiso darle a la poesía más que una parte de su corazón y de su tiempo». Opinión que rechaza Paz, ya que no deja de ser curioso, si se considera la extensión que tiene la obra poética de Reyes, sin contar sus traducciones y sus ensayos sobre poesía. Destaca Paz la importancia de estos ensayos, «quizás los más importantes escritos en nuestra lengua». El juicio elogioso de Paz va aún más lejos: «No es necesario repetir aquí lo que he escrito en otras partes sobre Reyes. Basta decir que sin él nuestra literatura sería media literatura».

Alfonso Reyes y Octavio Paz: vidas paralelas y ejemplares. Dos hitos en el tiempo y una labor común. Emoción creadora y lucidez intelectual. Poesía y crítica unidas en versos y ensayos. Una poesía abierta que invade los vastos dominios de la prosa y los recrea. Antes que Octavio Paz, en el tiempo, Alfonso Reyes reivindicó, a través del ensayo, la independencia cultural de América, buscando su identidad oscurecida por los traumas de la conquista, la colonización y la independencia. Jean Franco[3] señala los siguientes momentos estelares: *Nuestra América* de Martí, el *Facundo* de Sarmiento, los ensayos de Alfonso Reyes y de Octavio Paz en el México del siglo XX, o de Ezequiel Martínez Estrada en la Argentina.

[3] *Véase Jean Franco, en la introducción (p. 34) de* Historia de la literatura hispanoamericana, *Editorial Ariel, Barcelona, 1975.*

Ser cosmopolita no significa transterrarse y no ser de ninguna parte. El nacionalista a ultranza ama mezquinamente a su país, lo aldeaniza, lo convierte en parcela de su propiedad, mísero terruño. Se puede ser nacionalista o regionalista en la universalidad abierta, sin caer en el «pueblerismo» empobrecedor. Un cosmopolita, por fuerza no ha de vivir en París, Londres o Nueva York. En la pampa argentina, en el altiplano de Bolivia o en Tierra de Campos, pueden encontrarse hombres de perspectivas universales. Escribía Alfonso Reyes en *A vuelta de correo:* «La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tienen que comenzar por la parte: por eso «universal» nunca se confunde con «descastado». Desde las propias raíces alcanzar la universalidad. No otra ha sido la aspiración de la literatura hispanoamericana y aquí reside su originalidad. Alfonso Reyes partía de la tradición y del folklore y reclamaba estos principios frente a la colonización cultural del exterior, principalmente europea. La propia identidad y la cultura están siempre en guerra dialéctica, en vida creadora. La solución es una síntesis superadora de las polarizaciones, un amor comprensivo basado en la libertad y en la justicia. Ser, abierta, comprensivamente. Prosigue Octavio Paz: «A esta universalidad enraizada se dirige vigorosamente la literatura hispanoamericana».

La literatura hispanoamericana, recreándose dialécticamente, vive entre dos culturas. La urbana, de Buenos Aires, México, Lima, La Habana; de las minorías ilustradas, mirando a Europa, principalmente a París, paradigma de ciudad, antes que Londres o Nueva York. Cultura burguesa, de las clases dominantes que viven la realidad cultural de fuera, y olvidan la realidad «real» de sus países, colonizados, empobrecidos por el capitalismo depredador. En las grandes ciudades han surgido también los grandes suburbios, consecuencia de las migraciones masivas más que del desarrollo industrial. Hay otra cultura, rural, arcaica, mítica, donde están las raíces y los vastos horizontes, la fabulación, y también la pobreza. Alfonso Reyes es hijo de esta doble cultura. Tuvo que elegir, comprensivamente, haciendo aunar en la dialéctica de los contrarios las raíces nacionales y la dependencia cultural, principalmente española y francesa; para hallar la síntesis de la independencia en la universalidad. Ser más allá de la insularidad del nacionalismo, en el diálogo, buscando la originalidad culta, que está a mitad de camino entre el zafio regionalismo pueblerino y el servilismo de la moda internacional. El folklore sin gracia cae en la palurdada y la cultura vacía en objeto de consumo para civilizados. Tan majaderos son los papanatas como los diletantes. El ideal de Reyes, posible, será la búsqueda del equilibrio entre las polaridades, la cultura verdadera entre los viejos fantasmas que recorren América y el mundo: civilización y barbarie[4].

Lo típico es lo tópico, manoseado por intereses espurios. Lo típico es el barniz folklórico, la nonada vestida de regionalismos y espejuelos que enmascaran el olvido de la tradición, a veces de las mismas raíces, la animación ortopédica del muñeco. Las costumbres que no se incorporan a la propia vida devienen en museo. Por eso, lo más original es la vida misma, donde las raíces crecen adecuadamente para mantener sobre ellas el árbol de la existencia. El folklore que no está dentro del propio vivir, es teatro

[4] *Sirva de identificación, de paradigma, el famoso título de Domingo Sarmiento.*

bufo, baile de caretas. Así, lo más típico de un pueblo no es la cultura viva, sino su máscara mortuoria. Ante el tipismo de cartón-piedra y falsos oropeles se desmayan los papanatas y el capitalismo internacional, de cara gris y ejecutiva, levanta imperios de explotación, respetando a veces los museos o saqueando las tumbas. Desdichados los pueblos que ya sólo son museo, en el Louvre o en el British, despojados de cultura. Sólo revitalizando el folklore, actualizándolo creadoramente, se hace verdadera cultura popular. Así lo entiende Alfonso Reyes en el poema «Glosa de mi tiera», cuando parte de una estrofa popular, la repite y la recrea[5]. La redondilla inicial es el tema, glosado en cuatro décimas, que repiten sucesivamente cada uno, como verso final, los cuatro versos de la redondilla. Recuérdese la delicada, y todavía viva, estrofa popular: «Amapolita dorada / del valle donde nací: / si no estás enamorada, / enamórate de mí». Los poetas, los músicos y los pintores acuden a las raíces populares para enraizar sus creaciones en una savia revitalizadora. Si no, el arte caería en el excesivo intelectualismo. Así lo entendieron Lope de Vega, Manuel Machado o García Lorca; Falla o Goya. Sirvan de ejemplos perennes el romancero o el cancionero de tradición oral, donde la poesía española alcanzó las más altas cumbres.

La intuición feliz de las raíces populares «humaniza» al erudito Alfonso Reyes, y le aparta del «intelectualismo» donde vienen a dar aquellos humanistas sin sensibilidad. Reyes bebía en los libros; pero también en las fontanas donde mana y germina la transparente cultura popular. Alfonso Reyes, que se había estrenado como poeta con algunos sonetos publicados en Monterrey en 1905[6], siguió siendo poeta, hasta el final de sus días. La intelectualidad no le congeló la vena poética como ha sucedido en tantos ilustres eruditos y sabios que fueron poetas primerizos. Reyes, crecido entre las raíces locales y los sueños universalistas, fue humanista sensitivo y poeta constante[7], tanto en verso como en prosa. El poeta nace, pero también se hace en el esfuerzo y las lecturas electivas. (Se estropea, por culpa de la desidia y los malos maestros). Reyes: poeta inicial, estudioso siempre; crítico de los demás y de sí mismo. El poeta intelectual lleva un crítico, tal vez un severo censor de su propia obra. En un momento de su vida, en los oteros de la madurez, piensa si merece la pena escribir o no (literatura de creación, se entiende)[8]. Su juicio le hace entender la ardua tarea de aportar algo verdaderamente nuevo al cementerio de las bibliotecas donde se amontonan los libros por miles, a pesar del orden de los catálogos y el vacío de los ordenadores. Muchas veces, decide no escribir, aunque ya sea académico. En otras ocasiones, continúa, por necesidad vital, por tozudez incomprendida o por aburrimiento. El poeta quiere ser un vencedor coronado de lauros, en esta vida, o un héroe y mártir [9]. Él lo sabe. Alfonso Reyes eligió la sensibilidad lúcida, el difícil equilibrio entre la emoción y la inte-

[5] *Véase la descripción de la glosa en Tomás Navarro Tomás,* Arte del verso, *Compañía General de Ediciones, México, 1965.*

[6] *Tenía diecisiéis años.*

[7] *El tomo X de sus* Obras completas *lleva el título significativo de* Constancia poética.

[8] *He aquí el testimonio de Francisco Ayala: «A los veinte años uno escribe porque le divierte. ¿Para qué más justificación? A los cuarenta, ya es otra cosa: hay que pensarlo; pues sería absurdo agregar todavía, porque sí, un libro más a la multitud de los que incesantemente y desconcertadamente apelan al público». En* Mis páginas preferidas, *Editorial Gredos.*

[9] *Véase la apreciación de César Vallejo por Juan Larrea.*

ligencia. Heredero del modernismo; no imitador servil, sino recreador; discípulo de Martí y de Darío, si no poeta total como ellos en su universalismo, lo fue en la esencialidad. Poeta en verso y en prosa. Desde el modernismo los géneros se confunden, se recrean. Se ha estudiado la revolución modernista en el verso. Faltan monografías sobre la revolución poética en la prosa, que alcanzó tan altas calidades (Darío, Juan Ramón).

En busca de la poesía

Alfonso Reyes no se creyó el poeta de Hispanoamérica, ni siquiera el de México (pasión inútil, que desazonó y todavía inquieta a ilustres escritores). Su inteligencia, su humor también, se lo impedían. Un poema suyo, más zumbón que sensitivo, se titula, burlonamente, «Teoría prosaica». En la parte II escribe: «¡Y decir que los poetas, / aunque aflojan las sujetas / cuerdas de la preceptiva, / huyen de la historia viva / de nada quieren hablar, / sino sólo frecuentar la vaguedad pura» [10] Crítico contra la poesía escapista (epígonos tópicos del modernismo y las vanguardias deshumanizadas), que dan las espaldas a la vida. Ignoran la preceptiva antigua, pero sin embargo no son modernos. También es contrario a la poesía pura, preconizada por Valéry o Juan Ramón, de quien se distanciaba, a pesar de haber colaborado con él en la fundación de *Índice.* Esta revista de creación y exigencia, orientada por el maestro, publicada en 1921, dio a conocer a los futuros miembros de la generación de 1927, cuyos valores ya se intuían en sus inicios. Juan Ramón Jiménez evoca así la fundación de la revista: «Yo publiqué la revista *Índice* con muchos de los jóvenes alrededor. En *Índice* me ayudaron mucho Alfonso Reyes, Enrique Díez-Canedo y José Bergamín. Ya el *sobrerrealismo* se iba formando, con más elementos interiores que el ultraísmo, porque era y es un movimiento neorromántico» [11]. Más adelante indica Juan Ramón las principales direcciones de la crítica, estimuladora y comprensiva, que sigue como guía a José Enrique Rodó: «Señalemos, por su labor firme, aunque un poco desviada, a José Ortega y Gasset; Alfonso Reyes, tan abierto, optimista y comprensivo; a Pedro Henríquez Ureña, con su seguro toque irrefutable, a Enrique Díez-Canedo, un poco distraído siempre; a Federico de Onís, en esos exactos prólogos; a Xavier Villaurrutia, entre otros». El juicio, el recuerdo más cálido es para Alfonso Reyes, en esta nómina breve, y casi completa, de buenos críticos. El texto de Juan Ramón es de 1946, cuando las distancias entre él y algunos de sus discípulos eran profundas. Sin embargo, por Reyes guarda afecto. El poema de Reyes «Teoría prosaica» está fechado en 1931. Reyes no se sentía ni modernista ni juanramoniano. Alejado de la torre de marfil, cercano ya a la poesía impura, que más tarde será un manifiesto polémico en Neruda [12], declara: «Yo prefiero promiscuar / en literatura». Y más adelante, destruyendo la poesía en una intención pro-

[10] *El poema está fechado en Río de Janeiro, en 1931.*

[11] *Juan Ramón Jiménez. «El modernismo poético en España y en Hispanoamérica», en* Revista de América, *Bogotá; n.º 16 (abril de 1946). Cito por el volumen recopilado por Ricardo Gullón:* El modernismo, visto por los modernistas, *Guadarrama, Barcelona, 1980, pp. 152-153.*

[12] *Véase el manifiesto de* Caballo verde para la poesía, *titulado «Por una poesía sin pureza». En el nº 1, octubre de 1935.*

saica, afirma: «Guardo mejor la salud / alternando lo ramplón / con lo fino». El poeta y el erudito buscan el punto equidistante entre los polos, el equilibrio entre la inspiración libre y el sentido clásico (común), la áurea mediocridad de Horacio y de Petrarca, de fray Luis de León. Punto de encuentro entre el lector (humanista) y el creador (poeta). Encuentro entre el espíritu de realidad y el espíritu de finura. Difícil equilibrio a veces.

¿Qué es la poesía? ¿El arte de aludir y eludir la realidad? ¿Puede alimentarse la poesía de la prosa? Entre la poesía pura y la poesía impura, ¿hay algún punto de encuentro? La realidad está ahí, inevitablemente, para ser transformada en poesía. Reyes hablará de unión de los saberes y sentires, para encontrar el sabor impuro, pero rico: «Y junto en el alquitara / —como yo sé— / el romance paladino / del vecino / con la quintaesencia rara / de Góngora y Mallarmé». No es una mezcla, sino una labor artesana y un saber artístico, «como yo sé», realizado en el alambique. Para lograr el resultado literario se requiere técnica y sensibilidad; el justo equilibrio para que el román paladino no sea vulgar parla y la quintaesencia poética, sabiamente administrada, no sea mortal purismo que eche a perder el producto literario. Poética que huye del palurdismo (que no es lo castizo, sino lo vulgar) y del gongorismo a ultranza.

Reyes mancha el metal puro, la esencia con la tierra de donde procede y que lo alberga. Nada es por sí mismo inmaculado. Se debe a la realidad de donde nace y sobre la cual triunfa su cualidad. Escribe: «Algo de ganga en el oro, / algo de tierra sorbida con la savia vegetal»: busca el equilibrio entre el arte y la naturaleza. El exceso de naturaleza deviene en realidad; el exceso de arte, en artificio. Semiplanos unidos en la línea justa: «La estatua medio metida / en la piedra original».

El arte de Reyes se difumina en la vida. Su estética no es la torre de marfil, tampoco la ética o el compromiso. Su estética se disuelve en humanismo. Como poeta y como hombre el mundo interior y el exterior se aproximan, sin lucha, dándose la mano. No es el poeta de América, que pasa con su lira enlutada (Darío), ni el hombre-poeta, problemático (Vallejo). Escribe, sin pretender el sueño eterno, la gloria; no sufre la desesperación de los verdaderamente elegidos. Sabe sus límites, estudia, escribe y vive. Le asusta, no quiere o no puede ser voz, profunda, original, poeta de su patria o de América. Tampoco es el eco, la repetición innecesaria, el epígono. Es «la voz, perdida entre el coro», soledad del poeta fundida en la sociedad del pueblo. Hombre social, persona.

Prosiguen los equilibrios entre idealidad y materia, entre realidad y poesía: «Cera en la miel del panal; y el habla vulgar fundida / con el metal / del habla más escogida / —así entre cristiano y moro— / hoy por hoy no cuadran mal: así va la vida, / y no lo deploro».

Reyes, ensayista, escribió un poema para explicar su estética. Parece una contradicción, pero es la búsqueda equidistante entre los contrarios. Su poesía cae, a veces, en el prosaísmo, en el tono didáctico. Sus ensayos, y sobre todo sus artículos cortos, remontan desde los valles de la prosa las cimas poéticas. El poema «Infancia», prosaico, esencia en los recuerdos, podría haber sido un capítulo de sus memorias, tan apegado a la realidad vivida. Usa un recurso estilístico, anafórico, repetitivo, que no es casual sino intencionado: «Yo vivía», comienzo de cada estrofa, salvo en la estrofa final, que

resume las vividuras, experiencias sucesivas. Vivía entre cazadores y jinetes; entre vaqueros e improvisadores; entre molineros y cerveceros; entre herreros y mineros; entre «poetas de tendajo». Después, en su existencia cosmopolita, cuando se subleve en su interior y vuelva, en fantasía, a sus raíces, se acordará de aquellos hombres que marcaron su primera existencia.

El perfecto equilibrio es siempre teoría puesta en entredicho en la práctica. Reyes humanista, más clásico que barroco, cae entre la lectura y la imitación en el ajado tema de la rosa. También Petrarca y Garcilaso escribían sobre tópicos. Y Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez. Al torcer el cuello a los tópicos surgen los descubrimientos. Una metáfora nueva puede nacer del absurdo de un tópico al que se le pone del revés. Alimentándose en los tópicos y en las lecturas barrocas escribe Reyes: «Que vives de no vivir / en otro vivir más cierto: insaciable sed del agua / que no bebe su elemento». Así es la rosa, tópica y única. Así es el arte. Vivir de no vivir. El arte, como vida ideal y posible, sobre la realidad mezquina que es tantas veces la vida que no es tal. El arte como modo de sobre-vivir a la realidad anodina, a la vulgaridad. ¿Enajenación? No, dignidad. En la búsqueda de la belleza, el hombre trasciende su mortalidad animal. Y no se olvide que Alfonso Reyes no es poeta de torre de marfil. Es poeta de la calle y de los libros, de la naturaleza (la rosa) y del arte (los tópicos).

Entre tradición y cultura, espontaneidad y arte, Reyes encuentra su voz en versos sencillos y profundos, tan humanos, como los siguientes: «El que una vez te conoce / tiene de ti soledad, / y el que en ti descansa tiene / olvido de lo demás» [13]. Cercanía al cancionero popular, clasicismo. Equilibrio y melancolía.

La vocación literaria como experiencia vital

En Reyes, la literatura nace de la comunión entre vida y arte. Escribió una obra con el significativo título *La experiencia literaria* [14]. La experiencia literaria es también experiencia vital. Escribía Reyes: «Todo vivir es un ser y, al mismo tiempo, un arrancarse del ser». Ser en sí mismo, hombre de raíces y soledad, pero ser también para otros, ser que sabe para hacerse dialécticamente persona. Arrancarse del ser (de la mismidad) es dejar las raíces (o las entrañas) al aire. Ser los otros es dejar de ser uno mismo. La persona —actor en el teatro social— crece a costa del hombre. ¿Cómo ser un hombre social, y no un farsante? He ahí el problema. Enseña Reyes: «La esencia pendular del hombre lo pasea del acto a la reflexión y lo enfrenta consigo mismo a cada instante». Se debate entre pensar y decidir, ser él mismo en la meditación o ser para otros en la decisión. Vivir es actuar, bien o mal. La no-actuación es comodidad, pero también certeza de no equivocarse. El estado reflexivo es casi perfecto, pero sumamente egoísta. Vivir es arriesgarse a la equivocación. Este es el drama.

Reyes no concebía el arte ensimismado, replegado. Era hombre social, dialogante, antes que solitario desazonado o creador de mundos interiores. Para él el arte estaba

[13] *Perteneciente al poema «Río del olvido».*

[14] *En* Obras completas, *tomo XIV, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.*

en la proyección del poeta hacia el exterior. Escribía: «Todo arte consiste en la conquista de un objeto absoluto, lograda en medio de las distracciones que por todas partes nos asaltan, y contando sólo con los útiles del azar» [15]. El arte es un momento de eternidad en la experiencia vulgar de cada día, el oro puro, manchado por la tierra, como lo quiere Reyes. Vivir es perder, acostumbrarse a que la realidad se enseñoree de los sueños. Sólo la poesía se yergue como un objeto absoluto sobre las miserias cotidianas. La vida está hecha sobre mezquinas realidades. Y sin embargo surge la poesía como un supremo azar, llama entre cenizas, gozosa atención, contemplación mística entre las distracciones. Sobre la realidad putrefacta, la realidad absoluta y el misterio poético. La poesía es carne de experiencia, pero también acto de conocimiento. El poeta inteligente trasciende el sentir al inteligir. Siente y conoce. Crea, recrea, ensaya, critica. Es poeta selectivo, crítico de sí mismo.

Sin embargo, Reyes, poeta humanista, no alcanza la soledad sonora, la altanería exquisita del poeta intelectual. Entre la cultura popular y el humanismo, discurre entre versos y ensayos, sin alcanzar la inefable experiencia de la poesía última, excelsa, de Mallarmé, T. S. Eliot, Pound; o entre nosotros: Ruben Darío, Juan Ramón, Cernuda. O en la tradición humanista, Fray Luis, Garcilaso, Petrarca. Escribe Reyes, buscando el equilibrio, tantas veces imposible: «Unos pensarán que el popularismo es vida y el cultismo agonía. Otros, al contrario, que la lenguas se vitaliza por la cultura y se desvirtúa en el abandono callejero» [16]. Reyes, entre ambas corrientes, intenta llevar las aguas encontradas y turbias, a un río seguro de equilibrio, donde el populismo no caiga en la vulgaridad y la cultura en culturalismo vacuo, torre de letras. El humanismo es un equilibrio dialéctico entre tradición y modernidad, entre las raíces populares y la inteligencia. La lengua literaria es hija de la calle y de la biblioteca. Está cerca y lejos de la fabla canallesca y del intelectualismo. Es cosecha heredada y elaboración. Prosigue Reyes: «Por una parte, es innegable que la vida al aire libre estimula los cambios lingüísticos, mientras la vida del gabinete tiende a la anquilosis; que contrastan con la necesidad de mudanza los frenos de la cultura; es decir: la escritura, la fijación gramatical, la noción conservadora en que toda pedagogía se inspira. Por otra, aun dentro del campo conservador de la cultura, hay energías aceleradoras de tipo intelectual y poético, las cuales en cierto modo remedian el efecto de las energías fijadoras». Tradición y vanguardia, herencia y creación, folklore e inteligencia, clasicismo y modernidad. Encuentro. Equilibrio y ruptura. Recreación. Lo clásico es lo moderno, perdurable. Y viceversa. El humanista cultiva el espíritu de finura. Poeta de la razón e intelectual de las emociones.

No es Alfonso Reyes el erudito que se encierra en la antigüedad, entre sus libros, creyendo que Atenas o Roma eran el mejor de los mundos posibles. La humanidad es evolución. Y la cultura. Hoy es siempre mejor que ayer, aunque a veces no lo parezca. Reyes defiende la evolución de la lengua frente al latín, anquilosado, muerto. Algunos anticuarios de la cultura añoran los tiempos de Cicerón, como si no fuese una época idealizada por la historia. Reyes, humanista que ama la tradición, y moder-

[15] *En* Calendario, *1924.*

[16] *En* La experiencia literaria.

no, escribe: «Desafío al latín clásico a expresar con sus propios recursos y entregado al enredijo de sus declinaciones —etapa anterior a la especialidad sintáctica que representan las partículas regimentales—, lo que yo me soy capaz de expresar en mi castellano vulgar del siglo XX». En ocasiones se ha comparado la evolución de la lengua hispana en América con lo sucedido al latín en sus dominios románicos. Los puristas se escandalizan y vuelven a Calderón, a Cervantes o a Garcilaso, como antes se acudía, en beato socorro, a Séneca, Horacio o Virgilio. Las ortopedias culturales pueden ser ayudas o impedimentos para que la lengua ande en libertad. La literatura es una creación viva, entre los diccionarios de autoridades y el habla popular. El purismo a contrapelo la anquilosa y el lenguaje vulgar la encanalla. Ni el preciosismo de la torre de marfil, ni la obviedad palurda, sin gracia. La literatura nace de la lengua viva y la cultura, las transforma y las recrea. Entre la erudición de los cultos y el coloquialismo de los meramente hablantes, el escritor escoge las palabras y los giros, destruye y reordena.

La literatura es una extraña flor, imaginada y perenne. No es una flor de plástico o de seda, tan al uso hoy día, ni un hierbajo. Explicaba Reyes: «Pero hay una flor perdurable, y es la de las artes o las letras, la que se nombra o la que se figura, la ausente de todo ramillete, que decía el maestro Mallarmé. Cuando todas estas maravillas naturales se hayan marchitado, todavía seguirán luciendo, con intacta virtud, esos cuadros y aquellos poemas en que el hombre se ha apoderado de las primaveras del mundo». Una flor eterna parece una contradicción, pues en la belleza efímera, según el tópico, está la grandeza de la flor. La literatura es una flor perdurable: hermosa metáfora de Reyes. Entre la hojarasca de tantos libros escritos siempre florecerá la poesía, clásica y moderna, sencilla e intelectual, con el encanto de lo efímero y la grandiosidad de lo perenne. De una ciudad antigua sólo permanece, a veces, el testimonio de una inscripción; de una cultura, el perfume sutil e inmarchitable de algunas obras artísticas. Prosigue Reyes en su prosa poética, metafórica: «Conforme la flor se traslada de la tierra al espíritu, gradualmente se va trocando menos mortal. Pero también el cultivo de lo efímero, si ello es hermoso, posee sus encantos irónicos. La mente se venga de la muerte adorando lo que vive un día». Así el arte es una búsqueda de la inmortalidad. El artista es el hombre que espanta la esfinge de la muerte, creando la inmortalidad de la flor, su propia inmortalidad en la obra creada. Es el vacío de la página en blanco, la nada del lienzo tensado, la soledad del mármol o del bronce, lo que lleva al artista a escapar de la muerte y dar forma al silencio que desea hablar, expresando los mundos interiores. Es irónico que el hombre, mortal, burle a la propia muerte; que algo tan efímero como un cuadro, una melodía o un romance de autor desconocido, sobrevivan a su época, mientras alguien contempla, escucha o lea tales vestigios de cultura. A veces, un ángel pasa por la inspiración; de las emociones y de la desilusión, del sufrimiento y la esperanza (arenas y cenizas, agua y estiércol, sol), surge la flor, rara y perenne del arte; siempre eterno y actual, no nos engañemos; pues lo que sólo es moderno, es lo anticuado de ayer que de nuevo se repite. No hay nada más viejo que la vanguardia, pues es la última moda, desde siempre, vieja, anquilosada. La vanguardia parece que está en la mañana, pero está en el ayer, de estreno permanente, de apariencia.

Amancio Sabugo Abril